



## UN MENSAJE A GARCIA

**H**AY en toda esta cuestión de Cuba una figura que destaca en el horizonte de mi memoria como la de Marte en su perihelio. Al estallar la guerra entre España y los Estados Unidos, hacíase imperioso ponerse al habla con el Jefe de los insurgentes. García se ocultaba en las impenetrables espesuras de sus montañas, fuera de toda comunicación postal o telegráfica, sin paradero conocido. El Presidente necesitaba asegurar su cooperación cuanto antes. ¿Cómo lograrlo?

Alguien dijo al Presidente: «Hay por ahí un tal Rowan que, si se le manda a buscar a García, lo busca y lo encuentra.»

Se mandó por Rowan y se le dió una carta para entregar a García en propia mano.

Cómo el tal «Rowan» tomó la carta, la guardó en una bolsa de piel de foca, se la amarró al pecho, a los cuatro días de navegar en bote abierto desembarcó por la noche en Cuba, desapareció en la manigua y a las tres semanas llegó al otro lado de la Isla, que atravesó a pie por territorio hostil y entregó su carta a García, son cosas que no pienso detallar ahora. Lo que importa saber es esto: McKinley dió a Rowan una carta para entregar a García; Rowan la tomó y ni siquiera preguntó ¿dónde está ese señor. . . . ?

He aquí, ¡vive Dios!, un hombre digno de ser eternizado en mármoles y bronce y de adornar con sus estatuas cuantos colegios contiene el país. Porque «YA NO ES TANTA INSTRUCCIÓN NI TANTA SABIDURIA LO QUE LA JUVENTUD NECESITA, SINO ALGO QUE VIRILICE LAS VÉRTEBRAS, QUE INSPIRE LEALTAD A LA CONFIANZA DEPOSITADA, DECISIÓN PRONTA EN CASOS DE EMERGENCIA, CONCENTRACIÓN DE ENERGIAS PARA ACTUAR EN EL MOMENTO CRÍTICO», para «llevarle el mensaje a García».

Ya el General García no existe, pero quedan otros Garcías. Raro es el hombre que proponiéndose dar cima a una empresa requiera la cooperación de muchas manos, no se quede atónito ante la imbecilidad, la incapacidad o la poca voluntad

de la mayoría para dedicarse enérgicamente a un objeto dado y llevarlo a ejecución.

Lo que encuentra es cooperación desmañada, desatención estúpida, indiferencia supina, y no le queda más arbitrio, si ha de salir adelante, que emplear el dolo, la amenaza o el soborno para lograr una menguada cooperación salvo que Dios, en su infinita bondad, haga un milagro y le depare un Angel de Luz que le sirva de ayudante.

Y si no lector, ponga usted mismo el asunto a prueba: usted se halla sentado a su escritorio; seis subalternos le rodean a sus inmediatas órdenes. Llame a cualquiera de ellos y pídale este servicio: «Sírvese mirar la enciclopedia y hacerme una breve memoria concerniente a la vida de Correggio.» ¿Es que el individuo, por toda respuesta, dirá tranquilamente «muy bien» y pondrá manos a la obra?

¡Qué va! Lo que hará es mirarle con ojos de trucha y prorrumpir en preguntas como estas:

¿De quién se trata?

¿Qué enciclopedia?

¿Dónde está la enciclopedia?

¿Me colocaron aquí para esto?

¿No querrá usted decir Bismarck?

¿No podría Charlie hacer esto?

¿Está muerto?

¿Es cosa de prisa?

¿Quiere que le traiga el libro para que usted mismo lo busque?

¿Para qué quiere usted saber esto?

Y le apostaré diez a uno a que después de haber usted respondido a tales preguntas y explicado cómo hallar la información el mozo saldrá en busca de otro como él que le ayudé a encontrar a García, para luego volver con la noticia de que tal hombre no existe. Tal vez pierda mi apuesta, pero según la ley del promedio, la ganará.

Ahora bien, si usted es práctico, no se tomará la molestia de explicarle a su «ayudante» que el Correggio se encuentra bajo la letra C no K, sino que reirá para sus adentros y dirá, «no se incomode», proce-